

Costa Rica Ilustrada.

REVISTA DE CIENCIAS, ARTES Y LITERATURA.
DIRECTOR,—PROSPERO CALDERON.

REDACTOR,
CARLOS GAGINI.

COLABORADORES.

Argüello (don Manuel).—Alfaro C. (don José M^a).—Arias (don Isaac).—Añez (don Julio).—Alvarenga (don Lucio).—Acuña (don Ramón).—Brenes C. (don Alberto).—Beeche (don Octavio)—Barriere (don Manuel)—Céspedes (don Benjamín de).—Cardona (don Jenaro).—Castro F. (don Jorge).—Chavarría M. (don Nicolás).—Delgado (don Camilo S.).—Echeverría (don Aquileo J.).—Ferráz (don Juan F.).—Flores (don Luis R.).—Galofre (don Santander A.).—Guerrero (don Doroteo J.).—Guzmán (Dr. David J.).—Imendia (don Carlos.).—Fernández (don Máximo).—Facio (don Justo A.).—Machado (don Rafael).—Matte (don Claudio).—Murillo (don Juan M^a).—Morales (don Eusebio A.).—Marín C. (don Isidro).—Montero B. (don Francisco).—Nates (don Pedro Pablo).—Obando (don Guillermo).—Olivo P. (don Antonio).—Pacheco (don Emilio).—Peralta (don Francisco F.).—Pacheco (don Leonidas)—Pacheco (don Otoniel).—Pizarro (don Federico).—Parreño (don Julián).—Ramírez (don Aquilino).—Rivera (don Rubén).—Rodríguez (don Alberto).—Serrano (don Francisco).—Schoreder (don Ernesto).—Truque (don Eloy).—Valenzuela h. (don Antonio).—Viquez (don Faustino).—Vélez R. (don Pedro).—Volio (don Anselmo).

Precio de Suscripción.

En Costa Rica \$ 1-25. Trimestre adelantado.
En el extranjero „ 1-50. „ „ „
Nos. sueltos, \$ 0-25. Nos. atrasados, \$ 0-50

EPOCA 2^a

NUM. 22.

San José, 20 de Febrero de 1891.

Redacción y Admón.

Frente á la oficina de telégrafos.

SE PUBLICA CADA DIEZ DIAS.

Por qué te quiero.

*Con toda el alma te adoro
porque tienes, por mis males,
de dote todo un tesoro
de oro, perlas y corales.*

*En tu blonda cabellera,
cual las espigas de estío,
ostentas, niña hechicera,
el ORO que tanto ansío.*

*Llevas ufana y airosa
el CORAL, que es mi embeleso,
en esos labios de rosa
que están convidando á un beso.*

*Mas nada, nada acrecienta
mi pasión ardiente y loca
como esas PERLAS que ostenta
y esconde avvara tu boca.*

Emilio Pacheco.

SUMARIO.

PORQUÉ TE QUIERO, por Emilio Pacheco.—ADELINA PATTI, por Joaquín Pablo Vélez.—EL ZAPATO, por el Marqués de Auñón.—AMOR DE POETA, por Roaúl Cay.—FLORES, por Julián del Casal.—LO QUE PUEDE LA EDICIÓN por Ricardo Carrasquilla.—LA VERDADERA RIQUEZA.—VESPertino.—MI ENSUEÑO.—A UN AMIGO.—Tipos femeninos, LA MODELO, por Carlos Osorio y Gallardo.—Poesías diversas, BLANCO Y NEGRO.—DE SOBREMESA, por Rubén Darío.—EL ÚLTIMO VALS, por I. Carrillo y O'Patrill.—A LA LIBERTAD, por Cecilio Acosta.—GRACIAS.

ADELINA PATTI.

New York, Noviembre 30 de 1881.

Mi querida C.....

HAY impresiones tan gratas á nuestra alma que necesitamos para dejarla completamente satisfecha, comunicárselas á los seres á quienes amamos. Tu que sabes que siempre he deseado que mis más gratas impresiones lo sean tuyas también, comprenderas el motivo por el cual en esta carta me ocupo más extensamente de una de las últimas que he experimentado.

Tal vez no ha llegado á tus oídos todavía el nombre de Adelina Patti. Nada de extraño tiene esto; pues bien sabido es la distancia que nos separa de ese foco de la civilización y lo difícil que es para nosotros recibir detalles de los principales sucesos que en estos países acontecen. Paso, pues, á decirte quién es Adelina Patti.

Nació esta célebre cantatriz en Madrid, el 19 de Febrero de 1848, y cuenta hoy por consiguiente 38 años de edad. A los cinco vino en compañía de sus padres á este país, donde se educó y permaneció hasta los diez y siete. Su madre fué bien conocida en el mundo *dilettante* bajo el nombre de Madama Barilli; como cantora de primer orden y actriz celeberrima; distinguiéndose notablemente en las principales ciudades de Europa. Su padre, Salvador Patti, segundo esposo de Madama Barilli, fué también cantor notable.

Poco después del nacimiento de Adelina, su madre abandonó el teatro por haber perdido la voz; y en varias ocasiones, refiriéndose á su hija decía: "verdaderamente creo que Adelina me ha robado la voz"; tan palpablemente revelaba la niña de tan poca edad, lo que sería más tarde.

En 1848, con motivo de considerables pérdidas de fortuna, la familia Patti vino á New York, donde Mauricio Strakosch, cuñado de Adelina, era Director de la Ópera Italiana en uno de los principales teatros de ésta. Desde este tiempo puede decirse que empezó á mostrar Adelina su irresistible vocación por el arte, en el cual debía conseguir tantos laureles. La música fué su primera diversión; y dicen que cantaba como hablaba. Un día su madre la reprendía por su continuo canto, á lo que la chiquilla replicó: ¿qué puedo hacer yo mamá, si no puedo expresar lo que siento sino cantando? Verdad poderosa, reconocida universalmente!

Cuando Strakosch comprendió las extraordinarias facultades de su cuñada, pensó y con razón en la utilidad que tendría posesionándose de ella y educándola; lo que empezó, enseñándola á no cansar la voz; esa voz que se asemeja á la de las sirenas, en sus encantadoras modulaciones.

A este tiempo, Madama Alboni, que casualmente se encontraba en ésta, y que había oído hablar mucho de la extraordinaria Adelina, deseó escucharla. Adelina gustosamente accedió á este deseo; pero con la condición de que esta

celebrada actriz, antes de oírla, jugase al *escondite* con ella. Tan peregrina idea fué acogida por la Alboni, á pesar de su conocida severidad; más apenas comenzando el juego, la pequeña Adelina desapareció, hallándola, después de haberla buscado por toda la casa, oculta debajo de una cama, muriéndose de risa. En este lugar nadie podía alcanzarla; así que, siendo inútiles las súplicas que le hacían para que saliese, la *sitaron*, impidiéndola salir hasta que cantase; y fué en esta posición horizontal, tan difícil como incómoda, que por la primera vez en su vida cantó el aria de la *Sonámbula*; aria que más tarde debía contribuir á hacerla alcanzar la fama de que goza hoy. Madama Alboni la escuchaba con verdadero asombro, y cuando concluyó tomándola de sus brazos exclamó: ¡Ah querida Adelina, el día llegará en que hagas que el mundo nos olvide! Presagio que ha salido cierto!

Algún tiempo después, Adelina hizo su primera aparición en público en un concierto en Tripler Hall; y al mencionar su *début*, debo comunicarte también un incidente que caracteriza la encantadora infancia de esta *débutante*. Al momento de salir á las tablas, estando el telón ya alzado, pidió su muñeca. Sus padres se encolerizaron al principio en vista de tan impertinente capricho, pero viendo que su cólera no producía ningún efecto en la chiquilla, y al oír la decir que no cantaría sin ella, se la dieron. Con su muñeca en los brazos, subió resueltamente á una mesa colocada para el efecto sobre las tablas, para que el público pudiese verla, pues su estatura era muy pequeña. Tuvo un éxito felicísimo, y al día siguiente todo el mundo en Nueva York, sabía ya quien era Adelia Patti.

Después de éste, su primer triunfo, visitó las principales ciudades de los Estados Unidos; dió conciertos en Washington, Filadelfia, Boston, Nueva Orleans & c., y donde quiera le tributaron merecidísimos elogios. Recorrió todo el país, pasando luego á la Habana y concluyendo su serie de conciertos en Puerto Rico.

A su regreso á esta, fué cuando empezó á estudiar seria y asiduamente, practicando privadamente por tres años. Un profesor llamado Manzocchi, bien conocido en esta ciudad, comenzó á educarle la voz, y á enseñarles las escalas. Diez y ocho meses le dió lecciones; pero cuando llegó el tiempo de aparecer otra vez en las tablas, su hermano Ettore Barilli, la tomó á su cargo, y le enseñó lo que le faltaba para concluir su educación musical. El fué quien escribió para ella el famoso *point d'argue* en que sobresalió tanto en "Lucia."

Durante estos tres años, consagrados enteramente al estudio de la música, cumplió los 16, y hubiera esperado algunos más, antes de aparecer otra vez en público, si una circunstancia particular no hubiera apresurado su aparición. En 1859, la crisis política que debía traer la guerra comensaba á sentirse, y naturalmente los teatros fueron los primeros que se resintieron. La Ópera italiana que representaba en la Academia de música de esta ciudad, bajo la dirección de Mauricio Strakosch y Ullman, sufrió terriblemente. Apesar de la actividad y energía en sus directores y artistas, estuvo muy cerca de sucumbir. Un esfuerzo final era preciso hacer para salvar los numerosos intereses de la empresa. Buscarónse muchos medios; y el que concentraron más á propósito y seguro, fué el de hacer representar á Adelina el papel de "Lucia." Todo el mundo dudó que ésta, hoy eminente artista, pudiese representar lucidamente, á tan poca edad, un papel tan fuerte y tan difícil como el citado; pero, aunque conmovida al principio, obtuvo un éxito admirable. A la admiración sucedió el entusiasmo, pues jamás se había interpretado este papel con tanto

arte y tanta pasión. El éxito, fué, repito inmenso, extraordinario: aun hoy, después de tantas ovaciones como se le han tributado, debe recordarlo como uno de sus mejores triunfos. El pueblo olvidó la política y en grandes masas acudía á la Academia para escucharla. Cada vez que aparecía, resonaban por el ámbito del teatro millares de aplausos! La Ópera italiana estaba salvada; Adelina Patti fué su salvadora!

Por lo que te he venido diciendo, juzgarás que fué aquí, en el Nuevo Mundo, donde se elevó esta estrella que espere hoy sus brillantísimos rayos por todo el orbe.

Todas las naciones pueden vanagloriarse de haber contribuido á su grandeza. París, Lóndres, Viena, San Petersburgo, Madrid, Bruselas, Berlín & c., le han aplaudido fervorosamente. Adelina Patti es ciudadana del mundo: por todas partes ha recibido ovaciones y exitado el más ardiente entusiasmo.

Después de residir un año en esta, la joven laureada *prima donna* fué á Lóndres y apareció allí por vez primera, el 14 de Mayo de 1861, en *Covent Garden* en el papel de "Amina" en la *Sonámbula*. Inútil creo decirte que también fué admiradísima; y que al día siguiente en todas las capitales de Europa, se repetía con entusiasmo el nombre de Adelina Patti. Proposiciones de todas clases y muy ventajosas para ella, se le hicieron; pero ninguna aceptó; pues el sentimiento de gratitud hacia el pueblo inglés, que fué el primero en abrirle los brazos en Europa, la indujo á permanecer toda la estación en Lóndres. Enumerarte los muchos y grandes triunfos que obtuvo en aquella capital, sería muy difícil y tendría que repetir un sin número de veces las palabras ovación, éxito, entusiasmo, nuevos laureles & c. Sin embargo, por la siguiente anécdota puedes juzgar algo. Por arreglo especial entre el director de *Covent Garden*, Mr. Gye y la Patti, ésta debía hacer tres representaciones gratuitas; después de ellas, si tenía buen éxito, él se comprometía á darle £ 100 al mes, pero el éxito que consiguió en su primer *début* fué tan completo, que inmediatamente el mismo Mr. Gye hizo y firmó un contrato en el que le asignaba 400 mensuales. Debo hacer presente que Madama Patti, recibe ahora \$ 4.000 y más por cada representación.

Pasó después á París donde representó por primera vez el 17 de Noviembre de 1862 en el *Théâtre Italien*. La capital del mundo civilizado esperaba ansiosa y con marcada curiosidad la aparición de la diva que había asombrado ya al pueblo inglés y al americano. Los parisenses, temiendo que hubiese mucha exajeración en lo que acerca de sus talentos artísticos se decía, pretendieron escucharla silenciosamente; pero desde que se escaparon de sus labios las primeras notas, toda reserva, todo silencio fué imposible y el público estalló en grandes y prolongados aplausos! Hasta los viejos artistas, esos envidiosos y enemigos de todo género que comienzan, tuvieron que confesar que nunca se había representado mejor, ni visto tanta gracia reunida, ni escuchado canto más puro y más divino!

Después de haber permanecido algún tiempo en Lóndres y en París, se encaminó á Madrid, donde dió 15 representaciones. El pueblo de Madrid recordando que era madrileña, se preparó para hacerle una ovación inmensa que sobrepusiera á las que antes se le habían tributado. El entusiasmo que creó fué tan grande que en el segundo acto de la primera representación, se compraron todas las entradas para las quince representaciones. Fácilmente puedes imaginarte la excitación del pueblo cuando llegando á generalizarse la noticia que las entradas se habían agotado y que sería de todo imposible para

muchos oír á la admirable artista, se precipitaban sobre los que tenían entradas para arrebatárselas, y á no ser por un batallón que se colocó en la puerta del teatro, hubieran ocurrido quizás, muchísimas desgracias. Semejante ovación jamás se le había tributado á artista alguna, ni en el apogeo de su gloria; y á este tiempo puede decirse, que Adelina Patti, era una *debutante* todavía. Naturalmente este nuevo triunfo contribuyó altamente á que alcanzase muchos más, y llenaría un largo volumen con la narración de los muchos que consiguió. Grandes oraciones se le tributaron en *Lucia, Traviata, Linda de Chamounix, Rigoletto, Trovatore, Barbiere, Don Pasquale, Marta*, y más tarde en *Pardon de Plaermel, Faust, Etoile du Nord, Romeo y Juliette, Huguenots, Semiramide, Otello, Aida & c. &c.* Sería imposible describirte propiamente el talento que mostró en estas obras maestras, que interpretadas por ella aparecen ideales. Bien podría yo decir con Teófilo Gautier: "*Après cela, la art remoute à Dieu!*"

Después de su casamiento con el Marqués de Caux, que tuvo lugar el 27 de Julio de 1868, y al cual asistió el Duque de Manchester, reapareció en los teatros de París; aunque esta vez por solo seis semanas por tener un contrato de dos meses en San Petersburgo. El éxito que tuvo en la capital del imperio ruso, sobrepasa todo lo que la imaginación puede soñar. El pueblo abrió una suscripción para obsequiar con un collar de diamantes á esta ilustre artista. En pocos días se reunió la enorme suma de 100.000 rublos. El mismo Czar le dió la medalla de mérito. De Rusia pasó á Alemania, Italia, Bélgica y Holanda, y por todas partes se la llamaba la "divina," y se la obsequiaba con recepciones tan majestuosas, que están fuera de toda descripción. Adelina Patti podría decir, como César, con una ligera variación: fui, *canté* y vencí.

Todos estos triunfos, todas estas ovaciones, no han afectado nunca ni su bondad, ni su modestia. Todo el que tiene el honor de conocerla personalmente, opinará como yo en este punto. Todavía se notan en ella esa candidez de la infancia, ese deseo de agradar á todo el mundo que mostró desde el principio de su carrera; y que no ha perdido apesar de haber trascurrido veinte años, durante los cuales ha sido admirada como nadie, y reinado en los corazones de todos los que han tenido la dicha de escucharla. Narraré algunos rasgos que revelan la bondad de su alma. En 1865, se encontraba en Florencia, cuando la fiebre invadió esa ciudad haciendo víctimas de su furia á innumerables de infelices. Adelina Patti, dió un concierto cuyo producto dedicó á los pobres, y horganzó una representación para evitar males mayores. En 1875 dió otro concierto cuyo producto dedicó al Hospital de Sordomudos que se iba á edificar en Londres. El honor de poner la primera piedra de este edificio, le fué conferido, y aún puede verse sobre ésta la inscripción siguiente: "*This stone was laid by Madame Adelina Patti Marquise de Caux, 16 September, A. D. 1875.*"

Otra vez, durante la guerra Franco alemana representó á beneficio de los heridos, y últimamente á principios de este año, organizó en París un concierto, cuyo producto se dedicó á los que sufrieron en el incendio del teatro de Niza. Esta representación produjo \$ 28.000.

Tales cualidades, raras hoy, más que sus talentos artísticos, han contribuido, sin duda, á elevarla al puesto en que se encuentra. Reyes emperadores, millonarios, hombres de letras, en fin, todos, todas, han admirado no solamente á la artista sino á la mujer, y le han tributado honores. El año pasado, en su última representación en Berlín, el Emperador Guillermo le envió su retrato, magníficamente decorado, con la siguiente inscripción escrita de su propio puño:

Guillaume.

Imperator-Rex.

1880

En Alemania, este honor es estrictamente reservado á la familia imperial, y en este tiempo el Emperador no había mandado todavía uno semejante al Príncipe Rudolph de Austria, con motivo de su casamiento con la hija del Rey de Bélgica.

Poco tiempo después en Diciembre del mismo año volvió á Madrid donde cantó. Se la invitó á la corte donde fué cordialmente recibida. Por la noche la Reina María Cristina colocó su niña recién nacida en sus brazos, diciendo: "después de todo, cuando crezca, podrá decir que ha tenido el honor de ser cargada por la Patti." Como el Emperador Guillermo, el Rey y la Reina la obsequiaron con sus respectivos retratos, que llevaban la magnífica inscripción que sigue; "A la señora Adelina Patti: recuerdo de unos admiradores de la gran artista, y entusiastas de la madrileña.

María Cristina-Alfonso.

Madrid Diciembre, 1880."

Asombrosas proposiciones se le hicieron para que permaneciera en Madrid; entre otras, se le ofrecía un magnífico palacio en el Prado; la escritura de una propiedad valiosísima; y además sesenta mil pesos por treinta representaciones. Sin embargo, todas las rehusó; pues deseaba volver á este país con su voz más rica y esquisita que nunca. Muchos insistieron en que aceptase las proposiciones alegando que había nacido en Madrid. "Si, contestó ella, es cierto que nací en Madrid, pero también es verdad que me eduqué en los Estados Unidos, y quiero que mis compañeros de infancia me oigan ahora que estoy en plena posesión de mis fuerzas." Esta es la única, pero poderosa razón, que la indujo á abandonar su precioso castillo de *Graig-y-nos* en el país de Gales, y arriesgarse á los peligros y fatigas consiguientes á una navegación por el Atlántico.

Y ahora para concluir, te diré brevemente que su permanencia aquí, donde he tenido la dicha de escucharla, será memorable para ella; Antes de llegar se habían agotado ya los billetes de entrada apesar de venderse á un precio fabuloso. Para su último concierto no podía conseguirse uno solo de luneta ni pagando cincuenta ó sesenta pesos! Seis conciertos ha dado, (uno de ellos á beneficio de los que sufrieron en el fuego de Michigan) en los cuales, el ilustrado público de esta metrópoli no ha escaseado las demostraciones de cuánto se le estima aquí, cuánto se le ama, cuánto se la admira! Lo mejor de la sociedad Neo-yerquina ha presenciado sus representaciones; y los hombres mas eminentes en política, en la bolsa, y en las letras, han rendido homenaje á su elevado mérito. La prensa no ha cesado de tributarle los mayores elogios; y aún hoy que ya ha partido, su nombre resuena en los salones.

Yo, por mi parte, te aseguro que jamás pensé que se pudiese cantar tan admirablemente bien; que se reuniese tanta gracia; que hubiese tanta modestia! Yo recordaré á Adelina Patti toda mi vida. Y cuando ya mi sol vaya descendiendo á su ocaso me halagará el recuerdo de haberla oído. Su voz, querida mía, me seduce, me arrebató, me fascina. Oh! si tu la hubieras escuchado, cuánto hubieras gozado! ¡Cuánto pensé en tí cuando cantaba la cavatina *Una voce poco fa!* Qué poco faltó para que las lágrimas saltaran á mis pupilas, y el corazón esallara dentro de mi pecho!

Pero ya debo concluir esta larga carta, que á pesar de su extensión me parece que no llena el objeto que me propuse al escribirtela: es decir, creo que el mérito de esta admirable mujer no he logrado realzarlo como lo requiere su fama, y como mi corazón ha deseado que lo conozcas. Preciso es pues, que te conformes con estos débiles apuntamientos que apenas forman un pálido bosquejo de la ideal actriz cuyos acentos melodiosos resuenan aun tan dulcemente en mis oídos.

Ojalá que la lectura de esta carta te proporcione algún placer, y consagres un recuerdo cariñoso al que es tuyo afectísimo,

JOAQUÍN PABLO VÉLEZ.

EL ZAPATO.

Un grave asunto, duquesa,
Me tiene fuera de mí;
Y aunque enojarte me pesa,
Al fin me dirijo á tí
Pidiendo ayuda en mi empresa.

En breve vas á saber
Lo que me ha hecho perder
El sueño y el apetito:
Un zapato de mujer
Es el cuerpo del delito.

Siempre la dicha ideal
Busqué fuera del bullicio
De la corte mundanal;
Pero viene el carnaval
Y al fin me saca de juicio.

"Baile en el conservatorio,"
Me dijeron, y al jolgorio,
Cual otro cualquiera, fui
No lances á lo Tenorio
Ni amores buscando allí.

Ya en medio de aquella gresca
Donde no hay tenor ni traza
Que á los ojos no se ofrezca,
Donde unos vienen de caza,
Donde otros vienen de pesca.

Yo, que en alegre tumulto
Siempre afligido me pongo,
Triste soñando estulto,
Solitario como un hongo
Cruzaba entre bulto y bulto.

Mas héte que una tapada
Lo mismo que una saeta
A mí se vino flechada,
Al través de la careta
Lanzándome una mirada.

Mi corazón en tributo
Iba á rendir á la máscara;
Mas párome irresoluto,
Y dígame: por la cáscara
No debe juzgarse el fruto.

—Bella tapada, me afano
Sin poderte conocer;
Tu mano déjame ver;
—Por qué no? He aquí mi mano,
Si eso te causa placer.

Y la máscara ladina
Con mil dengues quitó el guante,
Y una mano alabastrina,
Aristocrática y fina
Vieron mis ojos delante.

Aunque ocupa mi atención
Aquella mano y me embarga,

Nada saco en conclusión;
Otra vez vuelvo á la carga
Tras de nueva concesión.

—Que tu mirada destella
Con viva luz, bien lo sé;
Ay! enséñame tu pié,
Y si es cual tu mano bella,
De todo el resto doy fe.

—Eso más? dijo la dama
Ya tanto pedir me escama
Y con sin igual donaire
Que todo mi cuerpo inflama,
Sacó la patita al aire.

Que pié aquél! Era ideal!
Qué contornos sobrehumanos!
A mi juicio, empeño vano
Fuera pedir otro igual
Al arte griego y romano.

Era un pié. . . . Cielos, qué pié!
Más elegante y pulido
En el mundo no se ve;
Por él sólo he comprendido
El placer de un puntapié.

Era un pié de bayadera,
Y de sílfide, y de ninfa. . .
Un pié que valsar pudiera
De un lago en la clara linfa,
Sin que el agua lo advirtiera!

La rica media de seda
Velaba empeine y tobillo,
Y el resto del pié se hospeda
En un escaño sencillo
Que al bronce en color remeda.

En vez de lazo ó botón,
Por una hebilla ceñido
Iba el zapato en cuestión
Y levantado y erguido
En puntiagudo tacón.

Al ver tan divino pié
En ardoroso arrebató
Así, entusiasta, exclamé;
—Lo que quieras te daré
Si me das ese zapato!
—Lo quieres? pues lo tendrás,
Yo mi palabra te empeño
Que en tu casa lo verás.
Adiós! Y sin decir más,
Desapareció como un sueño.

Á la mañana siguiente
En todas partes veía
Aquel zapato presente;
Mi mente ya no era mente,
Era una zapatería.
Estábame aún en el lecho,
Bien fatigado y maltrecho,
Cuando entró mi servidor
Y con aire satisfecho
Me dijo:—Señor! Señor!
—Qué hay de nuevo?—Este papel
Para vos.—Ah! buen augurio!

Un zapato viene en él
¿Y quién ha sido el mercurio?
—Quién? Un mozo de cordel.
—No me gusta la aventura
Contestele aigo mohino,
Y rompiendo la envoltura
Vi el zapato peregrino,
Objeto de mi locura.

Mas dentro hallé un papelito,
En verdad, algo gaitero
Con esto en el centro escrito:
“En ocho días, te invito

A buscar el compañero.”

De hallarlo es tal mi deseo
Que pasando mil trabajos
Por todo Madrid paseo,
Siempre estudiando los bajos
De cuantas mujeres veo.

Como les sigo la pista
Y en los pies fijo la vista,
Muchas dicen: majadero!
Otras me juzgan callista,
Y no pocas, zapatero.

Si hay marido, de reojo
Me ve tras de la consorte,
Quien dice que me reporte.
Si sigo así algún tramojo
Me va á pasar en la corte.

Con tu ingenio de mujer
Tú me puedes socorrer,
Duquesa, en tan duro trance;
Que me ayude tu poder
Y saldré airoso del lance.

Depón, duquesa querida,
Tanto misterio y recato:
Si lo sabes, por tu vida,
No me ocultes do se anida
La horma de ese zapato.

MARQUÉS DE AUÑÓN.

AMOR DE POETA.

A Julián del Casal.

Era un jardín inmenso, lleno de árboles cuyas hojas eran de esmeralda; entre la yerba fina y brillante como motas de seda se abrían margaritas de pétalos de ópalo y corazones de topacio. violetas de amatista, rosas de granate y campanillas de zafiro. Enrredaderas de oro y plata cuajadas de flores de rubíes tendían sus mallas caprichosas sobre estatuas de onix y de pórfido; en un gran estanque de comalina nadan peces luminosos, en el centro del estanque un delfín de ambar gris cuyos ojos eran dos diamantes negros lanzaba una columna de agua, como desgranado collar, sobre la arena de oro de las avenidas. La brisa suave modulaba un canto de amor, las flores esparcían perfumes orientales. En un lecho de marfil jaspeado de lápiz lázuli estaba *ella*, esbelta, soberbiamente bella, graciosamente reclinada, envuelto el cuerpo de diosa en transparente gasa de color de aurora, suelta la negra cabellera que caía sobre el marfil del mueble, como una cascada de ébano sobre una roca de blanco mármol. De sus ojos negros como la noche, brotaba el amor y sus labios rojos y entreabiertos, dejando ver el esmalte nacarino de sus dientes menudos, daban paso á su aliento tivo y perfumado y *él*, allí, de rodillas ante ella, y besando la carne de su cuerpo hecha de rosas amasadas y bebiendo en sus labios el néctar del placer.

Así soñaba el pobre poeta, pensando en la mujer amada, cuando vino á despertarme bruscamente la entrada de un amigo que penetró en el cuarto gritando: ¡Chico, gran noticia, se casa X la mujer más linda de la Habana.

¡Era *ella*, la del jardín de árboles de esmeralda y campanillas de zafiro! El pobre poeta abrió los ojos desmesuradamente y luego rió, rió de aquel pobrete que no sabía que él la tenía en un jardín inmenso, reclinada en un lecho de marfil jaspeado de lápiz lázuli, y rió tanto que lo llevaron á un manicomio y allí está, siempre de rodillas, besan-

do á su amada, cuya carne es de rosas amasadas y bediendo en sus labios entreabiertos el néctar del placer.

RAOUL CAY.

FLORES.

Mi corazón fué un vaso de alabastro
Donde creció, fragante y solitaria,
Bajo el fulgor purísimo de un astro
Una asuzena blanca: la plegaria:

Marchita ya esa flor de suave aroma,
Cual virgen consumida por la anemia,
Hoy en mi corazón su tallo asoma
Una adelfa purpúrea: la blasfemia.

JULIAN DEL CASAL.

Lo que puede la edición.

Hice un canto bermulino
Al Condor;
Pero estaba en borrador
Y me pareció cochino.

Me lo hicieron publicar
En “El Día”.
Lo leí con alegría,
Y lo encontré regular.
Luego en una colección
De poetas
Lo insertaron con viñetas,
Y dije: ¡es gran producción!
¡Lo que puede la edición!

Mi compadre Isaac Renjifo
Con capote
Andaba; y el monigote
Lo llamaban y el cachifo.
Después compró botas, frac
Y sombrero;
Robar pudo algún dinero,
Y se llamó don Isaac,
Hizo luego una excursión
Por la Francia;
Vistióse con elegancia,
Y fué *Monsieur Renji fón*.
¡Lo que puede la edición!

Era Juana una indiecita
De Choachí;
Cargando leña la ví
Y me pareció bonita.
Vino luego á la famosa
Bogotá,

Depuso el chircate, y ya
Me pareció muy hermosa.
Después tuvo crinolina,
Rico traje.

Y enaguas con fino encaje,
Y me pareció divina.

Más tarde un buen corazón,
Pedrería

Dióle; y el mundo á porfía
La tributa adoración.
¡Lo que puede la edición!

Si yo, que soy campesino
Rematado,
En vez de estar empastado
En áspero pergamino,
Lo estuviera en tafílete
Con labores
Y pajaritos y flores
Y con dorado ribete;
No obtante mi cortedad
Y rudeza,
Pudiera entrar con franqueza
En la buena sociedad
Y fuera hombre de razón
Y de peso;

Y diputado al Congreso
Me harían sin tón ni són.
¡Lo que puede la edición!

Ricardo Carrasquilla.

La verdadera riqueza.

El honorable escritor M. Jules Simón, publica en las columnas de "Le Temps" y en la sección por él creada con el título de *Mon petit journal*, un interesante artículo que, bajo la galana forma que da el autor á sus trabajos, encierran una gran enseñanza y un verdadero tratado de economía.

¿Qué es preciso tener para ser rico?—dice—¿Cien mil francos? ¿Un millón? ¿Mil millones?

Cada cual responderá según el peso de su saco.

Para el que no tiene nada el poseedor de un capital de 30,000 francos es un rico.

Propongo una definición completamente distinta.

Ser rico es tener un ingreso superior al gasto.

Mi ganancia actual no es más que de 1.200 francos, pero mis gastos no exceden de 1.000.

Pues entonces soy rico.

Al contrario: tengo 1.000,000 de renta y gasto anualmente 1.200,000 francos.

Pues entonces soy pobre.

¿Quién no ha conocido millonarios pobres?

Yo tuve un amigo que era un hombre excelente, que había heredado una fortuna duplicándola por medio del trabajo, que sabía ganar, por consiguiente, pero que sabía gastar, pero que sabía aún dar mejor, pues el dinero que pasaba por sus manos servía para toda clase de obras benéficas.

Tenía un hombre mil apuros, y llegó un día en que se creyó definitivamente arruinado, y apoderándose la pena de él, murió.

La liquidación demostró que su activo excedía en 1.500,000 francos á su pasivo.

Ahora pregunto yo:

¿Era rico?

¿Era pobre?

La respuesta no es dudosa para mí.

Era pobre.

Murió materialmente de miseria.

Un ejemplo opuesto.

B. D.....era un filósofo que hubiese sido célebre á no haber muerto joven.

También era un escritor muy notable.

No tenía un céntimo; pero necesitaba comer, y como no se vive de la venta de libros de filosofía, y además no sabía escribir de otra cosa, buscó un *modus vivendi* y encontró una plaza de sacristán en una capilla.

No tomaba parte en las ceremonias del culto, y su misión se reducía á doblar las albas y las sobrepellices y á cuidar del moviliario de la sacristía.

En este oficio ganaba 60 francos al mes.

Cousin le ofreció hacerle inspector de la Academia de Paris.

El contestó: "O inspector general ó nada".

No tuvo nada.

Vive con 720 francos al año; pero era rico por que rechazaba 6.000.

Lo mismo sucede con las profesiones; sostengo que todas las profesiones son iguales, y que la manera de llevarlas constituye la única desigualdad entre los hombres.

Boileau lo dijo hace mucho tiempo.

"Sed mejor albañil, si os gusta ese oficio".

Hago mía esta máxima, con la diferencia de que Boileau cree pronunciar una sentencia de Juez, y á mi juicio es un consejo amistoso.

Sí, amigo mío; si sois capaz de ser un buen albañil é incapaz de ser un buen poeta, daos prisa á abrazar la albañilería para ser honrado, y no hagáis la majadería de escribir versos.

Estamos en este mundo como una compañía de cómicos á la que el autor de la obra distribuye los papeles.

"Tú, dice, serás Emperador, y tú serás mendigo".

¿Cuál es el mejor de esos dos cómicos? ¿El que hace de Emperador ó el que hace de mendigo?

El que despliegue más talento en la ejecución de su papel.

Más vale ser pordiosero aplaudido que Emperador silvado.

Un autor suplicaba al Director de escena que diese á la decoración toda la verdad posible.

—Pierda usted cuidado; el río del tercer acto será verdadero y el agua correrá por el cause.

—Gracias, gracias,—replicó el autor; pero desearía otro detalle para mejor ilusión.

—Usted dirá.

—Quisiera que dentro del agua hubieran truchas.

Una negra disputaba con una moza bastante morena.

—Calla—dijo esta á aquella—que da tristeza verte.

—¿Por qué?

—Porque teneis la cara de luto.

—¿De luto? Es verdad, y tú de alivio.

Entra en la tienda de un ortopédico un hombre apoyado en dos muletas.

¿Vende usted piernas de madera?—pregunta el cojo.

—Sí, señor, ¿Cuántas necesita?

Una señora contaba á Gedeón sus penas porque no tenía sucesión.

Nuestro hombre después de reflexionar, un instante, le preguntó.

—¿Y su madre de usted, tuvo hijos?

—Como!.....

—Podría darse el caso de que la esterilidad fuese un defecto de familia.

Una mujer fué conducida al hospital para que le practicaran una operación quirúrgica en una pierna.

Al día siguiente le preguntó una amiga:

—Dime, Manuela, ¿sufriste mucho?

—Horriblemente.

—¿Y te quitaron mucha carne?

—¡Ya lo creo! ¡No bajaría de medio kilo de vaca!

En una partida de caza:

—Doctor, no está usted en vena, todas las piezas se le van.

—Es verdad, hoy no voy á matar nada.

—No se desanime usted, apunte bien y hágase de cuenta que cada pieza es un cliente.

Definición sabia.

—¿Qué es la higiene?

—El antídoto de la medicina.

En un café:

—¿Porqué hace U. sonar tantas veces esos cinco duros sobre la mesa? ¡No me gusta que se mire tanto mi moneda!

—Caballero, observa U. que podría ser falsa.

—Pues precisamente por eso.

De Gedeón:

—El jabón es tan malo—dice una señorita—que no puede una lavarse, pues todo el cutis se corta.

—Buen remedio—exclama Gedeón—póngase los guantes cuando se lave.

El orgullo nunca quiere deber, y el amor propio nunca quiere pagar.

Cuanto más ama un padre á sus hijos, mejor los instruye; cuanto más ama una madre á sus hijas, mejor las engalana.

Entre niños:

—En siendo grande, ¿qué vas á ser?

—Pues.....soldado.

—¿De qué cuerpo?

—Del de niñas.

En clase:

—¿Trae U. el libro que le dí ayer?

—Me se ha olvidado.

—No se dice "me se" sino "se me".

—Señor profesor: es que no *se me* la lección.

—¿Qué es lo que más satisfacción puede causar á una mujer?

—Su propia belleza.

—No, señor; la fealdad de las otras.

Enseñanzas paternas:

—Papa, la sal se saca del agua salada ¿no es verdad?

—Sí, hijo mío.

—¿Y el azúcar?

—Del agua dulce.

La condesa del Madroño, que está hacien-

do su tocado de baile, llama á su doncella y la pregunta:

—Dime, Luisa, ¿me has traído las flores que te encargué para el pelo?

—Sí, señora; pero no me acuerdo dónde he dejado el pelo en que ha de ponerse usted las flores.

La esposa reprende al marido por la vida disipada que éste lleva.

—¿Abandonas á tu mujer..... te olvidas de tu hijo!... Es decir, tu hijo..... ¿Puedes siquiera asegurar que sea tuyo, con esa existencia de desórdenes á que estás entregado?..

¿A qué va U. á dedicar á Antoñito?

—A las letras: ha entrado de cajista.

Praguntaba un viajero al mozo de una posada mientras le servía la comida, que de donde era, y habiéndole contestado pue de Asturias, le volvió á preguntar:

—¿Cuántos años hace que sirve U. en esta posada?

—Diez.

—¿Y en qué consiste que siendo los asturianos tan listos no ha podido U. establecer otra posada por su cuenta?

—Consiste, señor, en que el amo es gallego.

VESPERTINO.

A Raul Cay.

I.

Agoniza la luz. Sobre los verdes Montes alzados entre brumas grises, Parpadea el lucero de la tarde Cual la pupila de doliente virgen En la hora final. El firmamento Que se despoja de brillantes tintes Aseméjase á un ópalo grandioso Engastado en las negras arrecifes De la playa desierta. Hasta la arena Se va poniendo negra. La onda gime Por la muerte del sol y se adormece Lanzando al viento sus clamores tristes.

II.

En un jardín las aureas mariposas Embriagadas están por los sutiles Aromas de los cálices abiertos Que el sol espolvoreaba de rubies, Esmeraldas, topacios, amatistas Y zafiros. Encajes invisibles Estienden en silencio las arañas Por las ramas nudosas de las vides Cuajadas de racimos. Aletean Los flamencos rosados que se irguen Despues de picotear las frescas rosas Nacidas entre pálidos jazmines. Graznan los pavos reales.

Y en un banco

De mármoles bruñidos que recibe La sombra de los árboles coposos, Un joven soñador está muy triste, Viendo que el aura arroja en un estanque Jaspeado de metálicos matices, Los pétalos fragantes de los lirios Y las plumas sedosas de los cisnes.

MI ENSUEÑO.

Soneto.

Cuando la roja luz de la mañana Tiñó de púrpura el negror del cielo, Quiso una alondra detener el vuelo De mi alcoba sombría en la ventana

Pero hallando cerrada la persiana Fracasó en el cristal su vivo anhelo Y, herida por el golpe, cayó al suelo Adiós diciendo á su quimera vana.

Así mi ensueño, pájaro canoro De niveas plumas y rosado pico, Al querer en el mundo hallar cabida

Encontró de lo real los muros de oro Y deshecho, cual frágil abanico, Cayó entre el fango inmundo de la vida.

A UN AMIGO.

(ENVIÁNDOLE LOS VERSOS DE LEOPARDI.)

¿Res dichoso? Si tu pecho guarda Alguna fibra santa todavía, Reserva el don que mi amistad te envía... ¡El tiempo de apreciarlo nunca tarda!

Mas si cruel destino te acobarda Y tu espíritu, hundido en la agonía, Divorciarse del cuerpo sólo ansía Porque ya nada de la vida aguarda;

Abre ese libro de inmortales hojas Donde el genio más triste de la tierra —Aguila que vivió siempre entre el lodo—

Te enseñará rimando sus congojas, Todo lo grande que el dolor encierra O la infinita vanidad de todo.

Julián del Casal.

TIPOS FEMENINOS.

LA MODELO.

¿A qui donde tantos recuerdos y tantas alabanzas se tributan á todos los que consiguen llamar la atención por cualquier insignificancia, se ha cometido la injusticia, notorio á todas luces, de no consagrar unos cuantos párrafos á la pobre mujer que presta jenerosa las bellezas de las perfiladas líneas de su cuerpo para gloria del arte y de los artistas.

El oficio de modelo no ha constituido, por falta de número, en Madrid, un verdadero mundo, como el que en Londres, Viena, Roma, y sobre todo, en la capital, que recibiendo multitud de inspiraciones poéticas entre los vapores del Sena, vive, triunfa y trabaja.

La modelo, desde que se viste el traje que constituye el desnudo, deja de ser mujer para convertirse en la musa que, enardeciendo la imaginación calenturienta del pintor ó el escultor, lleva á sus nervios la vigorosa fuerza de la inspiración.

Las diosas de los *ateliérs* necesitan ser tan artistas como el que las contrate por sesiones. Poco importaría que el pintor, sin-

tiendo en su cerebro bullir esos mil fantasmas indibujables que con invisibles alas hace el genio revolotear, encendiendo los sentidos del artista, impresionados por los encantos de la naturaleza, se sintiera con aliento para trasportar á la tela todo lo que en panoramas calidoscópicos encuentra confundidos en los colores de su paleta, si un angel humano no se pusiera ante su vista, interpretando en la realidad lo que la fiebre del entusiasmo ideó en un momento de rápida lucidez.

La modelo necesita más que nadie la habilidad de arrancar las ideas y darlas expresión carnal; la que no la reuna con las líneas griegas que señalan los preceptores del arte clásico, puede desesperar de ser solicitada, como lo están las que ayudan en sus trabajos á Baudry, Makousky, Hampel, Echlter, Delance y otros.

La inteligencia y el sentimiento constituyen, pues, en la modelo necesidades tan importantes é indispensables como la corrección y delicadeza de sus líneas. Y la experiencia ha enseñado que tantas perfecciones no las reúnen todas las mujeres.

El que no haya visto entre tapices y bordados y encajes y filigranas granadinas hacer á la modelo resaltar su marmórea figura que recibe con la luz cenital rayos de alegría y con el cielo azul que la cubre, cual dosel celeste, efluvios de gloria que se retratan en sus ojos, y aspirar el perfume á incienso en que se trasforman los de los colores y los barnices al combinarse con los de las rosas que en tibores muestran sus purpurinas tonos, no puede decir que ha aspirado la santidad del arte que envuelve á los estudios de los pintores. Pero brocados y flores, tapices y armaduras, rasos y encajes, no darían al *atelier* el aspecto de santuario que le proporciona la modelo recostada en el lecho de plumas y tulles vaporosos y rizados como las blancas aguas de donde salió Venus.

La modelo necesita una educación á la que con dificultad se amolda la mujer española, artista desde su nacimiento por la influencia de la naturaleza y el sol, y sus tradiciones, y su origen. La célebre academia de modelos establecida en Suiza podrá hacer salir á las esferas del arte bellezas plásticas, adulteradas por la mecánica, que como nadie adoptarán posturas y actitudes rigurosamente académicas; pero no conseguirá de las glaciales suizas modelos que pudieran servir para las graciosas majas del pintor de San Antonio de la Florida, ó las mujeres de Fortuny, ó las chulas de Emilio Sala.

La vida de la modelo tiene iguales alternativas que la de la actriz. No bien acaban de arrancarse las vestiduras de tizú y oro con que hicieron trasportar al lienzo recuerdos de los espléndidos días de gloria de los triunviratos romanos ya tienen que convertirse en coquetonas *Soubrettes* de picarescos ademanes y rayados trajes de seda con corpiño cruzado de terciopelo; tan pronto la castidad de la monja la hacen bajar sus hermosos párpados, como si las blancas y almidonadas tocas no fueran suficientes para resguardarla de los besos del sol, como la arrogancia altanera de Cleopatra la hace ostentar su seno de nieve para que el áspid clave en él su emponzoñado aguijón; tan pronto una escena de la corte de Versalles la hace ceñir su cuerpo con el vestido soberanamente aristocrático de la época del Imperio, como una escena andaluza la obliga á bajarse hasta la nuca su sedoso rodete, colocar en él rosas y claveles, vestirse bata de percal llena de rizados volantes y ceñir su cuerpo ondulante con el flexible pañuelo de Manila, cuajado de pájaros y chinos, y entre cuyo largo y sedoso fleco lleva enredados amores, suspiros, pro-

mesas y amenazas; ya el recuerdo de Calipso le adorna la cabeza con aros dorados y la hace vestir la severa túnica griega, como la representación de una Virgen la adorna con los clásicos paños que la envuelven en una aureola de santidad.

Y ¡contraste de la suerte! puede darse el caso de que la misma mujer que en el mundo corrió despreciada de estudio en estudio, sea, andando el tiempo, venerada por haber servido de modelo para una santa.

La dificultad de saber expresar afectos tan distintos, pasiones tan encontradas, situaciones tan opuestas, es lo que hace subir el valor de la modelo.

Sólo una de éstas lo consigue á la perfección: la Naturaleza. La alegría de las tintas rosadas de la aurora; la tristeza del melancólico crepúsculo vespertino; la vida vegetal, juguetona en Granada, risueña en las vegas murcianas, espléndida y atractiva en las aldeas gallegas y asturianas; los aromas de las hiervas silvestres; los armoniosos conciertos de los pájaros y los ríos y los arroyos; la placidez y bonanza de los ambientes serenos y perfumados, y todos esos encantadores elementos de que han echado mano cuantos han querido ensalzar la bondad de la vida campestre, hacen de la naturaleza el mejor modelo, explicándose por esto el creciente desarrollo que toma la pintura del paisaje, á expensas de la de figura.

Además, todos los hombres, aun los más materialistas, tienen sus momentos de romanticismo y les agrada encontrar retratados, con tintas y tonos que responden perfectamente al estado excepcional de su ánimo, todos esos primores que sólo un poder infinito puede sacar de la nada, todas esas maravillas que se sienten y no se explican, como se siente y no se explica el dulce regocijo que proporciona al alma la llegada de las violetas, el retorno de las golondrinas, el reverdecimiento de los árboles y los rayos del sol calientes y dorados.

Todas las escuelas de modelos tienen que declararse humilladas ante las diferentes impresiones, todas bellas, todas grandes, todas sublimes, que proporcionan la Naturaleza y sus brillantes galas, que pregonan la omnipotencia de su Creador.

Aparte de este modo universal, pocos son los que han merecido que sus nombres pasen á la posteridad.

Los modelos se refugian, por lo general, en París, y el país de las artes de cielo igual al de España. Ya viejos, recurren á la enseñanza en la citada escuela de Suiza.

De todos los modelos, el italiano Cadamuro ha sido el que más fama ha logrado y al que sólo por su mérito indiscutible, se le toleraba que, haciendo alarde de su poca modestia, se pusiese en las tarjetas:

Cadamour, roi des modeles.

A éste siguieron en fama Brzozomwsky, que se tuvo que consolar en los últimos años de su vida de su inutilidad para el oficio, ejerciendo el de peluquero, Dubosc, Ceveau, Mme. Saqui, etc.

El cargo de modelo ha sido muchas veces ejercido, no por necesidad, sino por gusto, y no por personas de humilde condición, sino de carácter regio y aristocrático. Las extensas galerías de retratos que llevan á su pie las firmas de Van-Dick, Velázquez, Vicente López, Madrazo, Mérida y tantos otros de pintores eminentes, pueden dar razón de mi aserto.

Y para concluir, tócame lamentar que por punto general, los modelos no lo sean también de virtudes.

CARLOS OSSORIO Y GALLARDO.

BLANCO Y NEGRO.

I.

Sonrisas de las vírgenes difuntas
En ataud de blanco terciopelo
Recamado de oro: manos juntas
Que os elevais al azul del cielo
Como lirios de carne; tocas blancas
De pálidas novicias absorvidas
Por los ensueños celestiales; francas
Risas de niños rubios; despedidas
Que envian los ancianos moribundos

A los seres queridos; arreboles
De los finos celajes errabundos
Por las ondas del éter; tornasoles
Que ostentan en sus alas las palomas
Al volar hacia el sol; verdes palmeras
De los desiertos africanos; gomas
Arabes en que duermen las quimeras;
Miradas de los pálidos dementes
Entre las flores del jardín; crespones
Con que se ocultan sus nevadas frentes
Las huérfanas; enjambre de ilusiones
Color de rosa que en su seno encierra
El alma que nos hirió la desventura;
Arrebatadme al punto de la tierra,
Que estoy enfermo y solo y fatigado
Y deseo volar hacia la altura
Porque allí debe estar lo que yo he amado.

II.

Oso hambriento que vas por las montañas
Alfombradas de témpanos de hielo,
Ancioso de saciarte en las entrañas
Del viajador; relámpago del cielo
Que amenazas la vida del proscrito
En medio de la mar; hidra de Lerna
Armada de cabezas; infinito
Furor del dios que en líquida caverna
Un dia habrá de devorarnos; hachas
Que segasteis los cuellos sonrosados
De las princesas inocentes; rachas
De vientos tempestuosos; afilados
Colmillos de las hienas escondidas
En las malezas; tenebrosos ciervos
Cernidos en los aires; homicidas
Balas que herís á los dormidos cuervos
A orillas de los lagos; pesadillas
Que poblais el espíritu de espanto;
Fiebre que empalideces las mejillas
Y el cabello blanqueas; desencanto
Profundo de mi alma despojada
Para siempre de humanas ambiciones,
Despedazad mi ser atormentado
Que cayó de las célicas regiones
Y devolvedme al seno de la nada. . . .
¿Tampoco estará allí lo que yo he amado?

Julián del Casal.

De sobremesa.

Nada como pensar después de haber comido bien. Las ideas no son hijas del hambre, á pesar de todas las afirmaciones en contrario y de la historia que dice que Cervantes no cenó cuando concluyó el Quijote. De la barriga á la cabeza existe un alambre eficaz y maravilloso.

Los griegos lo entendían perfectamente. Esas brillantes agapas en que dialogaban los filósofos y los poetas tenían por resultado la exposición de los más bellos principios y la creación de los más bellos poemas. Homero se recrea describiendo en su gloriosa obra las grandes comidas épicas: el buey asado, todo entero, los lechones en las anchas fuentes, el apio y el vino. Después de las duras batallas, de los asaltos, de las victorias, viene el festín.

En la mesa se espacia el espíritu, se ensancha la imaginación. Antes de llegar al precipicio Borrachera, está el jardín Alegría. Antes de lo ahito está lo satisfecho y con lo satisfecho lo espiritual y lo chispeante. Los diplomáticos, buenos conocedores de la cábala y del ocultismo, toman la ocasión con el tenedor y la descuartizan. Ellos conocen que casi siempre en la espuma del champaña hierva el espíritu de Maquiavelo. De la mesa brota el laurel del triunfo y la flor de la dicha. También la mesa es trágica. Nada más espantoso que el coronado Macbeth con el espectro enfrente.

Los vinos tienen su concierto. El cocktail es el ugiere que vestido de ceremonia anuncia el esperado momento. Llega un caballero estirado, correcto, fino, rubio, habla alemán y francés, su carruaje es de cristal verde: este es el vino blanco. El vino tinto es el buen compañero viejo, reconfortante, jovial, caballero francés de nobleza roja; sabe cuadrillas y galopas y da los besos en plena mejilla, á las mujeres descotadas:—el vino tinto es sangre embotellada; va acompañando al guisado y arrastra su manto de púrpura. Este vino rey que busca las venas y el cerebro, lleva la nota entusiasta en las comidas. La camelia bebe agua, el vergissmeinnicht bebe vino del Rihn, el lirio bebe rocío como la cigarra; la rosa sensual, amada del viejo Anacreonte, bebe vino tinto. El francés ama el vino, como el chino ama el té. El champaña viene después: mujer desnuda y blanca con cabellera de oro. Llega derramando perlas, el gentil Buckingham de los vinos, el preferido de los labios rojos, que produce las argentinas carcajadas. El champaña da audacia, vivacidad, lujuria.—Damas, cuando bebeiis champaña, el fauno caprípede os está haciendo señas bajo el cistiso.

La canción del champaña enardece la

pasión. Cuando el champaña suena sus clarines dorados, se estremecen las murallas de la virginidad. ¡Qué pájaro cristalino y mágico canta en la copa á trino por burbuja? Venus pasa en su concha de nácar, impulsada por los locos genios del placer.—Un abanico cerca de una copa de champaña, es una ala de mariposa no léjos de una hoguera de amor. El champaña dirige el cotillón. El ruido del taponazo es la detonación que anuncia la llegada del bello príncipe al castillo de marfil. La espuma del champaña es hermana de la espuma del mar: ambas han tocado las candidas piernas de la diosa. En la ponchera está brotando la delicia. Para Sileno el vino, para Gambrino la cerveza, para tí, musa de Beranger, englantina del boulevard, el licor fogoso, la botella gorda, el vaso semejante á un carquesio, la aristocrática báquica.

**

Entonces apareció un fraile: tenía el hábito blanco de nieve, la barba larga, también nevada, un hermoso perro junto con él. Venía de San Bernardo: sacó un frasco y nos ha dado á probar el licor religioso que lleva capucha, el agua de fuego vivo y color de luz que brota en la cartuja: tomamos una copa de chartreuse. Luego viene el curazao, al cual la lengua recibe con gusto y el paladar con agradecimiento. El anicete, del país; de España; la menta verde. Allá se llevan los sirvientes un pastel hinchado, las fresas tentadoras, ciudadanas de París, la fruta de fin de siglo. Encendamos el cigarro.

RUBÉN DARÍO.

EL ÚLTIMO VALS.

Ua la música se apresta!
Movimiento general!
Otro vals: . . . Está la orquesta
Que arrebató! . . . De la fiesta
Dicen todos: ideal!
Ya empezaron! . . . Qué empezar!
Balanceo encantador!
Voluptuoso no pecar!
De licencia y de pudor
Transacción particular!
A favor de este mareo,
En murmullo tan sonoro,
Cuánto amante devaneo!
Cuánto tierno "yo te adoro",
Cuánto dulce "no te creo!"
Cuánto labio encantador
Entreabierto de placer!
Bailadora y bailaror
Confundidos en un ser!
Qué ocasión para el amor!
Qué ocasión para el que fiel
Llegó á estar junto á su bella
A merced de este tropel,
Aspirando la alma de ella
La pasión del alma de él.
Una lánguida se mece

Entre blondas y entre gasa,
O huye rápida y parece
Idial visión que pasa
Y fugaz se desvanece!

Otra viene entre destellos
De sus ojos alterados,
Sin cubrir los hombros bellos.
Desceñidos y agitados
Los magníficos cabellos!

Llega, váse, torna, gira,
Jadeante de placer,
Y aire anhela y aire espira,
Aire cálido que inspira
Todo el fuego de su ser!

Que es su boca que provoca
Cual la boca de un volcán,
Y allá va la ardiente loca
Arrollando cuanto toca
Como arrolla el huracán!

¡Ya su airoso aturdimiento
Cobra en otros afición,
Ya se cimbra el pavimento
Y estremece el movimiento
Las arañas del salón!

¡Ya es más raudo el frenesí
De la orquesta enardecida! . . .

¡Todo es vértigos aquí!
¡Qué magnífica la vida
Si la vida fuese así!

¡Qué magnífico este ardor
De un instante en que se engaña
Olvidando su dolor,
Entre música y champaña
Y mujeres y calor!

¡Y así al pecho, que á las penas
Dió posada mil á mil,
No imponer otras faenas
Que de amor, ni otras cadenas
Que unos brazos de marfil! . . .

Mas en esta confusión,
Al sonar de cada nota,
Cómo aspira el corazón
Ese tósigo que brota
De la humana comunión! . . .

Fuerza intensa que ejercer
Tenazmente, á un tiempo mismo
Logra en todo su poder,
Misterioso magnetismo
Que de un ser pasa á otro ser!

Filtro oculto, de virtud
Contagiosa, que alma y alma
Impulsando á la inquietud,
Así torna al pueblo en calma
En rugiente multitud!

Mas la música no cede!
Ya se aviva más y más,
Ya se esfuerza! . . . ya se exede! . . .
Imposible . . . nadie puede
Resistir este compás!

Sueño es esto, idealidad
Que la mente se figura,
Pues no cabe en la verdad
Tan harmónica locura,
Tan sensual honestidad!

¡Logra, oh pecho estremecido,
Tus impulsos contener!
¡Harto entiendo en tu latido
Lo magnífico que ha sido
La invención de la mujer! . . .

Cesó al cabo! . . . Ya se dan
El adiós con rapidez.
Si orgulloso está el galán

Ella toda es timidez . . .
Ya se alistan, ya se van,
Y así exclaman al cesar
Tan risueña compañía:
Una madre: á descansar!
Un Don Juan: al fin es mía!
Una joven: á soñar!

I. CARRILLO Y O' FARRILL.

A LA LIBERTAD.

Brame el ponto de cólera irritado
A empuje rudo de huracán horrendo,
Ruja y reviente en horroroso estruendo
El ronco remolino arrebatado;
Desdichas dé como cosecha el hado;
Pavesas sólo el universo ardiendo;
Caiga el cielo á pedazos, y cayendo
Deje al orbe en sus ruinas sepultado . . .
Silencio ya y terror . . . Devoren penas
Lo que han de devorar después gusanos;
El resto acaben las feroces hienas,
Y haya solo al dolor ecos lejanos . . .
Esto primero que arrastrar cadenas,
Primero, sí, que soportar tiranos!

CECILIO ACOSTA.

GRACIAS.

—Tendrás, me dijo un mago, plata y oro,
mucho riqueza:
y vendrán á pedirte una mirada
las mujeres más bellas:
tú las tendrás con brillos y esplendores
en una red envueltas:
qué suspiro darás que no suspiren?
qué dolor sentirás que no lo sientan?
Y añadió:—¿Qué prefieres
á dicha tan completa?
y respondile al mago:
—Una mirada de los ojos de ella.

Y el mago dijo entonces:—Buen mancebo,
pues si eso ansías,
tuyos sus ojos son, tuyo su pecho,
tuya la dulce niña;
tendrás oro y poder: tendrás al mundo
ante ella, de rodillas;
y para ella los astros por alfombra,
y para ella el elixir de la vida.
Y añadió:—¿Qué prefieres
á tan completa dicha?
y al poderoso mago
respondí entonces con terror:—mi lira.

—Tú sabes que es muy pobre y que es modesta,
me dijo el mago;
la lira de un arcángel de los cielos
sonará entre tus manos;
y desde Homero hasta Hugo, los poetas
quedarán olvidados:
tuyas serán estatuas y coronas,
tuya la Historia, tuyos sus aplausos.
Y añadió:—A tal destino
es preferible algo?
y entonces se abrió el cielo
y una voz respondió:—ser hombre honrado.

1083

F. GAVIDIA.

Tip. Nacional.